

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO (Ciclo B)

Vuelve el tiempo de Adviento y con él la llamada insistente a la esperanza. Lo recuerda el Señor en el evangelio: «Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».

En general, el hombre contemporáneo no está dispuesto a tener que esperar. Lo queremos todo y, a ser posible, que se nos dé de inmediato. Hay que aprender a esperar y, el tiempo de Adviento, nos apremia a hacerlo en el Señor.

En la segunda lectura de este día, nos dice san Pablo, refiriéndose a Jesucristo: «Él os mantendrá firmes hasta el final». La esperanza cristiana es una virtud teologal, por la que aspiramos a obtener la felicidad eterna, apoyándonos en las promesas de Jesucristo. Esta esperanza es de bienes espirituales. Así la canta el salmo cuando dice: «Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve». Aunque puede haber una esperanza de orden temporal, como cuando deseamos la curación de un enfermo, o algún éxito en asuntos terrenos, aquí se trata de la confianza en el Dios de misericordia que viene a nuestro encuentro para salvarnos. Por eso en el tiempo de Adviento hemos de afianzar nuestra confianza en Dios, que quiere el bien de su pueblo, y meditar también sobre la necesidad que tenemos de ser salvados.

Muchos fenómenos de la cultura contemporánea, incluyendo decisiones políticas y maneras de pasar el tiempo libre, descansan sobre una profunda desesperación. Cuando el hombre pierde de vista que está llamado a la plenitud de la felicidad, que sólo puede darse en Dios, se abandona a los placeres fugaces de este mundo. Conforme aumenta la distracción disminuye la confianza. Frente al aturdimiento está la llamada de Cristo: «Velad».

Como ejemplo se nos da la primera lectura de hoy, tomada del profeta Isaías. Es una oración dirigida a Dios, al que se reconoce como Señor, padre y redentor nuestro. Nace de la contemplación de la bondad divina y, a partir de ahí, puede reconocer la debilidad humana. ¡Qué importante es esto! Si Dios no fuera bueno, no tendría sentido reconocer nuestras culpas. Por el contrario, intentaríamos esconderlas para no contrariarle. Pero como se nos ha manifestado como Padre misericordioso, podemos aceptar nuestra poquedad amparándonos en su infinita bondad.

Por eso el Adviento es también tiempo de vigilancia y conversión. Mientras nos disponemos a celebrar el acontecimiento de Jesús nacido en Belén, nos preparamos también para recibir a Jesucristo, que ha de volver en gloria para juzgarnos. No le tenemos miedo.

Por eso le pedimos a la Virgen María y a San José, que nos ayuden a preparar su venida, y con toda la Iglesia decimos: Ven, Señor, no tardes más.